

A la memoria de académicos fallecidos:

FELICIANO PALOMINO DENA (1908-1988)

FLORENCIO ANTILLÓN*

El recordar al maestro Feliciano Palomino Dena me honra por múltiples motivos. Primeramente por los lazos de respeto y admiración en nuestra relación maestro-discípulo ya que fue un pilar muy importante en mi formación como oftalmólogo, posteriormente laboré en su servicio como médico adscrito y tuve el privilegio de sucederlo en la jefatura de oftalmología del Hospital de Pediatría. Otros lazos igualmente importante fueron los de una afectuosa amistad que, afortunadamente, se extendieron a nuestras familias y me proporcionaron momentos y experiencias muy agradables e inolvidables.

Ahora bien, el doctor Feliciano Palomino Dena nació en Noria de los Angeles, Zacatecas. Hizo sus estudios primarios, secundarios y preparatorios en la ciudad de Aguascalientes.

Obtuvo el título de médico cirujano en la Escuela Médico Militar en 1932. Su internado lo efectuó en el Hospital Central Militar de 1934 a 1938. Ejerció en el mismo hospital como médico externo durante diez años y estuvo en el Home Laboratory de la Universidad de Harvard un lapso intermedio de 41 a 42.

Fungió como Jefe de Oftalmología de 1948 a 1952 en el Hospital Central Militar.

Simultáneamente ejerció el mismo cargo en el Hospital Infantil de México de 1942 a 1963.

Del hospital antes citado pasó a responsabilizarse de la misma jefatura al Hospital de Pediatría del Centro Médico Nacional del IMSS en 1963.

Al jubilarse fue invitado a ser Director Médico del Instituto de Oftalmología de la fundación "Conde de Valenciana" desde 1976 hasta 1988.

Su primer cargo docente fue profesor ayudante de oftalmología en la Escuela Médico Militar de 1940 a 1952.

Posteriormente, de 1956 a 1970 fue profesor adjunto de la misma cátedra en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En 1970 obtuvo la titularidad vitalicia de oftalmología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México.

En la docencia de postgrado, dependiente de la División de Estudios Superiores de la Facultad antes mencionada, fue profesor en la especialidad de oftalmología desde 1963 hasta 1974.

En 1974 fue nombrado profesor titular de la especialidad de oftalmología de la misma facultad como tal fungió hasta 1988, año de su muerte.

Participó como profesor titular o conferencista en 21 cursos monográficos de postgrado.

En el campo de las publicaciones científicas se deben señalar 42 artículos médicos relacionados básicamente con la oftalmología. Y fue autor y coautor de tres libros médicos.

Perteneció a múltiples sociedades médicas de las que mencionamos algunas: Colegio Mexicano de Médicos Militares, Sociedad Mexicana de Oftalmología, Sociedad Mexicana de Pediatría, Sociedad Mexicana de Estrabismo, Asociación Panamericana de Oftalmología, Sociedad Cubana de Oftalmología, Sociedad Peruana de Oftalmología y Sociedad Francesa de Oftalmología.

También fue colaborador brillante de importantes consejos médicos como: Miembro del Consejo Latinoamericano de Estrabismo, Miembro del Consejo Mexicano de Oftalmología y Miembro del Consejo Internacional de Oftalmología.

Entre las academias médicas de las que fue miembro se pueden citar: académico titular de la Academia Nacional

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 15 de marzo de 1989.

* Académico numerario.

de Medicina, académico emérito de la Academia Mexicana de Cirugía, miembro de la Academia Mexicana de Pediatría y miembro honorario de la Academia Norteamericana de Oftalmología.

Ocupó la presidencia de la Sociedad Mexicana de Oftalmología de 1947 a 1948.

Representó a México como delegado treinta años, desde 1948, en la Asociación Panamericana de Oftalmología y fue presidente de esa importante asociación en el período 77-79.

General de Brigada del Ejército Mexicano.

Condecoración República Dominicana otorgada por el Presidente Joaquín Balaguer en 1987.

Por todo lo anterior considero que al Profesor Doctor y General Feliciano Palomino Dena muy justificadamente se le puede llamar "Fundador de la Oftalmología Pediátrica Mexicana".

EMILIO KABELA GONZÁLEZ (1942-1989)

GUSTAVO PASTELÍN*

Agradezco a la mesa directiva de la Academia Nacional de Medicina, el alto honor de que me han hecho objeto, al invitarme para que dirija a ustedes unas palabras evocadoras de la memoria del doctor Emilio Kabela González. Hombre de ciencia de talla universal; miembro valioso de esta corporación académica que, en la ceremonia de esta noche, le rinde un sentido homenaje.

El doctor Kabela, médico cirujano, fue graduado en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cuando era estudiante (1959) formó parte de las líneas de jóvenes seleccionados por su excelente rendimiento, para integrar los llamados "grupos piloto" con los que el inolvidable maestro Don Raoul Fournier, inició su transformación en la enseñanza de la medicina. La noble aspiración del doctor Fournier de vincular al estudiantado con los profesores e investigadores de tiempo completo de la Facultad de Medicina, comenzó así a cristalizar. El doctor Kabela se inició en las Ciencias Básicas en 1960 bajo la tutela de su profesor de fisiología, Don Francisco Alonso de Florida, cuya influencia sería determinante en la definición del doctor Kabela hacia la investigación científica.

In memoriam ofrecido en sesión conjunta de la Academia Nacional de Medicina, el 9 de mayo de 1990.

* Académico numerario.

Con el maestro Francisco Alonso de Florida publicó sus primeros trabajos de investigación y por él descubrió a quien para siempre sería el punto de referencia en toda su vida profesional: el maestro Don Rafael Méndez, jefe entonces del Departamento de Farmacología del Instituto Nacional de Cardiología "Ignacio Chávez". Así, el doctor Kabela ingresó a Cardiología el año de 1963; entre dicho año y 1969, realizó investigación en farmacología cardiaca y publicó varios trabajos que con el tiempo han sido considerados como referencia obligada en la bibliografía internacional. Describir toda su obra científica sería muy interesante, pero en este espacio no sería posible. Solamente caben algunas anotaciones. Entre las contribuciones sobresalientes de esa época figuran investigaciones sobre la participación de los receptores beta-adrenérgicos en la regulación de la circulación coronaria. El desarrollo de un ingenioso modelo experimental de arritmias cardíacas supraventriculares que hizo posible, con prioridad mundial, la sistematización en el estudio de las alteraciones del ritmo cardíaco y de la medicación antiarrítmica. También compartió créditos al colaborar con el maestro Méndez, al ser elegido éste por el comité editorial de *Annual Review of Pharmacology* para elaborar una amplia revisión sobre farmacología cardiaca. Esta obra apareció en 1970 y es todavía fuente documental y cita obligada en farmacología y terapéutica cardiovascular. Igualmente se vislumbra ya su naturaleza de maestro y de hombre realizador de proyectos de gran alcance. Aún era muy joven cuando en 1965 se hizo cargo de la coordinación de los laboratorios de prácticas del Departamento de Farmacología de la Facultad de Medicina de la UNAM, que dirigía el doctor Ramón Pérez Cirera. Nos reunió a una veintena de profesores e instructores de farmacología y con dispositivos experimentales tan ingeniosos como económicos, se pusieron en marcha los laboratorios de prácticas. Con ello se restituía la enseñanza práctica de la farmacología, mediante la realización por los estudiantes de experimentos farmacológicos sencillos y la presentación de demostraciones por los profesores, como la preparación cardiopulmonar de Starling. El programa de prácticas de farmacología seguía los protocolos de las prácticas de farmacología de la escuela de medicina de Harvard, donde años antes el maestro Méndez había enseñado esta disciplina. Dichos protocolos influyeron más tarde, en la elaboración del manual de prácticas de farmacología que hasta la fecha se halla vigente en la Facultad de Medicina.

En 1969 fue admitido como becario en la Facultad de Medicina de la Universidad del Estado de Nueva York en Syracuse, un centro con fuerte tradición en

farmacología cardiovascular y en fisiología renal, en donde se hallaban grandes maestros como los doctores Gordon K. Moe, Alfred Farah e Irvin Wiener. Al terminar su beca de un año, el doctor Kabela fue nombrado *Assistant Professor* de la mencionada Facultad de Medicina de la Universidad de Syracuse y dos años más tarde adquirió la categoría de *Associate Professor* con nombramiento permanente. Su obra en investigación y en docencia logró un gran reconocimiento. Profundizó en el estudio de los medicamentos antiarrítmicos; descubrió la razón por la que la lidocaina actúa preferentemente sobre las arritmias ventriculares y no en las auriculares; abrió brecha igualmente, sobre el desarrollo de nuevas generaciones de fármacos que aumentan la fuerza de contracción del corazón y que actualmente son de gran utilidad en el tratamiento de pacientes con insuficiencia cardíaca.

Siempre conservó sus nexos de unión con su lugar de origen. Varios de nosotros nos beneficiamos de su jerarquía académica al ser invitados a realizar estudios en el extranjero. Tan profunda fue la huella que dejó el doctor Kabela en esas latitudes que varios de los investigadores que configuran el personal de Departamento de Fisiología de la Facultad de Medicina en Syracuse, fueron discípulos suyos. Uno de éstos, el doctor José Jalife, compatriota nuestro, fue primero su alumno en la UNAM, después su colaborador en el Instituto de Cardiología, y más tarde le siguió a los Estados Unidos. El doctor Jalife ocupa actualmente el cargo de jefe del Departamento de Farmacología en dicha Facultad de Medicina en Syracuse. Otro alumno suyo, el doctor Charles Antezevitch, es en la actualidad Director de Investigación del Masonic Medical Research Laboratory en Utica, Nueva York; sucede en este puesto al doctor Gordon K. Moe, también fallecido recientemente. Subrayo este hecho porque el doctor Moe era miembro honorario de esta Academia Nacional de Medicina. Sus lazos científicos y sentimentales con México le fueron correspondidos por esta corporación que lo recibió con honor en 1970, cuando era considerado el fisiólogo cardiovascular norteamericano más notable. La comunidad cardiológica internacional ha resentido, por lo tanto, dos pérdidas invaluable.

Cuando más reconocida se hallaba la personalidad científica y académica del doctor Kabela en los Estados Unidos de Norteamérica, y después de diez años de ausencia, en 1978 decidió volver a nuestro país. La razón principal: su profundo amor a México. Coincidió su vuelta a la patria con la inauguración de las nuevas instalaciones del Instituto Nacional de Cardiología "Ignacio Chávez" donde ocupó el puesto de Jefe del Departamento de Fisiología hasta 1985, año en que fue

nombrado Subdirector General de Investigación de dicho instituto. Se reveló entonces el maestro, con las cualidades que atraen a los estudiantes: conocimientos sólidos, amplios y profundos, personalidad afable, entusiasta, generosa y disciplinada. A sus laboratorios concurren, en buen número, estudiantes de pregrado, de maestrías y doctorados y médicos residentes en cardiología. El sentimiento común de ellos y de todos cuantos le conocimos, es de que a nadie le negó una oportunidad ante la inquietud científica; nadie se le acercó sin hallar una respuesta. Su entrega tuvo más alcances de lo que su posición como maestro o de autoridad le señalaban. Catalizador sin límites del interés por el estudio, de la necesidad creadora del conocimiento y de toda buena voluntad. Tan radiante personalidad, creó una nueva conciencia en nuestro ambiente de investigadores. Con asombrosa capacidad de persuasión todo lograba. La conciliación de grupos tradicionalmente e inexplicablemente distanciados; la vinculación de actividades que por su desarticulación permanecían improductivas o la inyección de ánimo para convertir los buenos deseos en acción. Así, logró que se realizaran proyectos académicos multidisciplinarios, como el de maestría y doctorado en ciencias fisiológicas en el Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM; su actuación como miembro de la mesa directiva y como presidente de la Asociación Mexicana de Farmacología, revitalizó el entusiasmo de nuestra comunidad farmacológica a la que señaló amplias avenidas hacia un futuro mejor. Los investigadores básicos en cardiología cerraron filas con la ya de por sí vigorosa Sociedad Mexicana de Cardiología.

Hombre de especial sensibilidad entre los problemas socioeconómicos y de patriotismo ejemplar, el doctor Kabela, decide, con el sacrificio de su quehacer experimental, iniciar un programa de desarrollo tecnológico en el Instituto de Cardiología, con el decidido apoyo y en colaboración con el doctor Jorge Soní, quien desempeñaba el cargo de Director de la Institución. Decidió abordar en primer término, la necesidad planteada por los cirujanos de obtener prótesis valvulares cardíacas a precios accesibles para los pacientes de una institución encargada de atender principalmente a los que se hallan desprotegidos de nuestras dos máximas instituciones de seguridad social. Prácticamente de la nada y, con rapidez asombrosa, el doctor Kabela creó un complejo de instalaciones de altísima calidad tecnológica y de personal de muy elevada calificación. Con gran visión anticipó la que ahora sería casi insalvable dificultad económica de proveer de prótesis valvulares a pacientes que las necesitan para sobrevivir. En el curso de ocho años, se han implantado en nuestra

institución 1118 válvulas cardíacas fabricadas en casa a 983 pacientes, lo que ha significado un muy considerable ahorro de divisas. La producción continua y ofrece grandes perspectivas al futuro. Pero no solamente fueron prótesis valvulares; también se inició el diseño y la fabricación de oxigenadores sanguíneos, indispensables en toda cirugía con circulación extracorpórea; asimismo implantó un sistema de reaprovechamiento de materiales plásticos. Se creó además un Departamento de Desarrollo Tecnológico de Electrónica que, lo mismo ha diseñado y fabricado un práctico electrocardiógrafo computarizado, que ha instalado en las ambulancias de la Cruz Roja un sistema de telemetría para la transmisión de electrocardiogramas cuya interpretación se lleva a cabo en nuestro Instituto y con ello se brinda asesoría a esos servicios médicos de urgencias.

Solamente una intelectualidad tan ampliamente dotada como la del doctor Emilio Kabela González podía haber incidido en forma simultánea en tan diferentes actividades y con tan elevada productividad. Su recuerdo continuará latiendo en el corazón de todos cuantos le conocimos. También continuará latiendo en todos aquellos pacientes que, sin conocerle, han prolongado su vida al recibir sus implantes valvulares.

MANUEL ORTEGA CARDONA (1901-1990)

EUGENIO TOUSSAINT-ARAGÓN*

En general, el *in memoriam* de los académicos fallecidos, de la Academia Nacional de Medicina son encomendados a personas seleccionadas por la directiva a las que se consideran interiorizadas en la trayectoria profesional del occiso. Sin embargo, en el caso del doctor Manuel Ortega Cardona, el que esto escribe solicitó se le concediera la distinción de escribir algunos de los aspectos sobresalientes de un médico que, tanto a lo largo de su vida profesional (67 años), como del prolongado lapso de su filiación dentro de la Academia (54 años), destacó como internista, pero de una manera muy especial, como excelente y brillante profesor en la cátedra de Propedéutica Médica durante poco más de cuarenta años, motivo por el cual la Universidad Nacio-

nal Autónoma de México le otorgó en ceremonia especial la medalla al mérito "Dr. Valentín Gómez Farfás".

El doctor Ortega Cardona nació en la ciudad de México el 24 de febrero de 1901 e hizo la primaria y parte de la preparatoria en el Instituto Científico de México; terminó la preparatoria en el Colegio Francés e ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de México en 1917, terminando sus estudios en 1922. Presentó su examen profesional en el mes de marzo de 1923.

Nacido en un ambiente de la clase media acomodada de principios de siglo, fue un aplicado y responsable estudiante, obteniendo siempre elevadas calificaciones, por lo que recibió su título de médico cirujano a los 22 años. Indudablemente además de su vocación por la medicina, tenía una inclinación decidida por la enseñanza, como se puede atestiguar en el hecho de que, apenas recibido en el mes de marzo de 1923, el 5 de mayo del mismo año -o sea mes y medio más tarde- se inscribió en la facultad para, por oposición, obtener la plaza de ayudante de Clínica Propedéutica Médica.

A partir de esta fecha y, como se atestigua en su hoja de servicios de la Universidad Nacional Autónoma de México, se constata que desde el día 11 de mayo de 1923 hasta el día 1 de febrero de 1963, imparte ininterrumpidamente la clase de Clínica Propedéutica Médica. El maestro Ortega Cardona forma parte del grupo notable de los clínicos de la medicina cirugía y obstetricia que en las primeras cuatro décadas del siglo XX en México utilizaban correcta y acertadamente, los procedimientos simples de la exploración de la llamada clínica clásica, o sean: interrogatorio, inspección, palpación, percusión auscultación, medición, punción exploradora y exámenes de laboratorio. Este criterio de expresión, que puede parecer un absurdo mencionarse, tiene en verdad una razón de ser: la elaboración actual de métodos y equipos, así como la invención de equipos de gran alcance que parecen haber relegado a los elementos que por siglos han sido el arma del trabajo médico.

Don Manuel Ortega, del que por cierto no fui discípulo, siempre atrajo a través de su reconocida competencia a numerosos alumnos que, año tras año, iban a escucharlo. Yo estaba muy bien enterado de su personalidad, pero no fue sino hasta hace 35 años en que, siendo presidente de la Sociedad Mexicana de Pediatría, le invité a participar en una mesa redonda sobre el tema Control de la Natalidad y en la que al escucharlo pude aquilatar su cultura y sentido humano.

Estos recuerdos me llevan a revivir a ese grupo de profesionistas que, junto con Don Manuel Ortega, enseñaban y preparaban efectivamente a los jóvenes que veían y reconocían en ellos auténticos y experimentados

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 4 de julio de 1990.

* Académico titular.

profesores que han dejado en las aulas de la facultad su destacada personalidad. Entre ellos mencionaré sólo algunos como Ulises Valdez, Hermilo Castañeda, Francisco Cuevas, Isidro Espinosa y de los Reyes, Mario Torroella, Darío Fernández, Abraham Ayala González, Everardo Landa, Alfonso G. Alarcón y su hermano Donato, Ignacio Chávez, Salvador Zubirán, Aquilino Villanueva, Raoul Fournier y otros más que no es posible anotar para no prolongar la exposición.

Los rayos X descubiertos en 1895 llegaron a México en 1896 pero no es sino hasta los años veintes con Don Manuel Madrazo, Manuel Zubieta y otros más, que se integran lentamente a la exploración clínica; sin embargo debieron de pasar todavía varios años antes de adquirir la trascendencia e importancia de un elemento de rutina de la clínica médica, al ser manejados por médicos estudiosos y bien preparados. A este particular y ya en los años cincuenta, voy a relatar brevemente una anécdota que me platicó el doctor Ortega "en una ocasión -me dijo- recibió como ayudante en su clase en el hospital a un joven médico que, después de colaborar con él y estar explorando a un paciente de un problema pulmonar agudo, le preguntó con toda franqueza ¿...Maestro, usted perdone, pero quisiera saber si realmente usted escucha y en la percusión percibe todos esos signos, con las características que los acompañan, que les refiere a los alumnos y lo conducen a fundamentar su diagnóstico? ..Don Manuel no comentó ni tampoco explicó nada, sólo espero hasta el día siguiente en que le llevaron la radiografía del tórax que se había solicitado: la placa mostraba la imagen de un proceso neumónico inicial, lobar, agudo, con las características anotadas por la exploración clínica llevada a cabo el día anterior".

Independientemente de su labor como profesor extraordinario de propedéutica, el doctor Ortega publicó varios artículos de medicina sobre diferentes temas y distinta índole. Sin embargo, fuera de estos trabajos, y como artículo paramédico no se puede pasar por alto el libro que tradujo del francés acerca del famoso y discutido tema de la llamada Sábana Santa y cuya existencia ha dado lugar a interpretaciones y controversias acaloradas. El libro que tradujo el doctor Ortega fue escrito por el doctor Pierre Baret, famoso cirujano, que llevó a cabo en cadáveres alteraciones similares a las que se

presentan en la Sábana Santa que se conserva en Turín, Italia, cubiertas con lienzos y después estudiarlas comparativamente. Don Manuel, una persona cristiana católica, de sincera y firme religiosidad, se dió a la tarea de investigar y analizar los trabajos del cirujano francés y editó sus hallazgos, impresiones y comentarios al respecto.

Por lo que toca a los empleos que desempeñó durante su vida como médico, se mencionan su asistencia en el Hospital General de la Capital de la República, así como consultante de los Centros de Higiene, habiendo sido Director del Centro Juan Duque de Estrada, desempeñando posteriormente, similar ocupación en la Comisión Federal de Electricidad. Es de anotarse que en todas estas actividades se hizo notable por su puntualidad, responsabilidad y efectividad en sus labores, cualidades que los directivos siempre le ponderaron y lo nombraron con respeto. Tanto en estos sitios como en el ejercicio privado sus relaciones con sus compañeros de trabajo o con jóvenes que lo buscaban para consultas y consejos, en calidad de internista, el maestro los escuchaba y ponía todo su empeño para conseguir el éxito.

Nunca aprovechó esta posición para explotar su situación económica, que siempre fue buena, desahogada, pero no de riqueza. Tuvo siete hijos, dos de ellos hombres y cinco mujeres. Los primeros también son médicos de reconocida competencia.

Para finalizar esta breve semblanza no se puede menos de insistir en su obra y en particular en su libro (de los primeros libros que los médicos mexicanos escribieron en esos años) que constituyen una herencia para los futuros estudiantes y galenos jóvenes que, en un país como el nuestro, en el que salvo contadas poblaciones, se carece todavía de los recursos y avances de los modernos métodos de exploración, hay que continuar con las viejas armas de la buena y cuidadosa propedéutica que persista a través de un libro sencillo, didáctico, clásico de la enseñanza.

A pesar de la sentida ausencia material del doctor Don Manuel Ortega Cardona, la medicina mexicana cuenta y contará siempre con la presencia de su espíritu y las sobresalientes cualidades de sus enseñanzas y de su personalidad.